ZORAYDA
REYNA DE TUNEZ.

DRAMA EN TRES ACTOS.

Por Josef Villaverde Fernandez.

ACTORES.

Zorayda, Reyna de Túnez, Madre de Muley, Niño, heredero del Reyno.
Fatimán, Tio de éste.
Hacén, Valído de la Reyna.
Eugenio, Cautivo.
Bernarda, su Esposa, Cautiva.
Aliatár, Capitan, Amigo de Fatimán.
Muzaf, Capitan.
Orosmina, Criada de la Reyna.
Ibrain, Criado de Hacén.
Soldados Moros.

LA ESCENA ES EN TUNEZ.

ACTO PRIMERO.

Salón de Palacio con dos puertas. La Escena estará alumbrada solamente de dos luces que habrá en un Bufete: Hacén estará junto á él con un papel en la mano, en accion de acabarle de leer.

Hac. NO es dable sea este aviso
cierto; el que llegó á informarme
sin duda de mi lealtad
solicitaba burlarse.
¿Quién pudiera fomentar
un crimen tan exêcrable?
Pero ¡ah! la ambicion es
tan poderoso, tan grande
atractivo, que á su impulso
se han visto precipitarse
diversas veces los hombres
á las mas feas maldades.
Yá se aproxîma la Aurora,
y todo el Palacio yace
en sosiego. Quiera el Cielo
que solamente mi exámen
sirva para acrisolar
de este Reyno las lealtades:
porque si (como el aviso
dá á entender, y lo persuaden
los fines á que dirige
su intento) el autor infame
de aquesta conspiracion
es persona á quien dá esmalte
un ilustre distintivo,
en llegando á declararse el crimen,
fuerza es que muchos
participen de su ultrage.
Una traycion, comunmente
siempre eslabonados trae
un cúmulo de peligros,
un sin número de males,

que ::- Pero, Cielos, ¿no son
pisadas las que acercarse
oygo á aquella puerta? Es cierto.
De esta mampára ocultarme
solicíto. El corazon
inquieto en el pecho late.

Se oculta en la izquierda: por la derecha sale Fatimán diciendo los primeros versos al Bastidor, y se emboza antes de dexarse ver.

Fat. Luz hay aquí: por si acaso
me puede ser importante,
cubro el rostro: la cautela
jamás daña en qualquier trance.
Sale poco á poco, observando la Escena.
Todo está tranquílo: no hay
peligro que me embaraze.
Ea valor, yá ha llegado
aquel venturoso instante
en que, á costa de un delito,
una corona me labre.
Este del Príncipe es
el quarto: su vida acabe
á impulsos de mi furor,
que aunque inocente se halle,
si vive, llegar no pueden
mis designios á lograrse.

Hac. Este es el traydor: los Cielos
favorezcan mis lealtades.
Acercandose al Bufete.

Fat. Dirija esta luz mis pasos,
para que no pueda errarse
el golpe. ¡Con qué torpeza
las plantas muevo!... ¿En mí cabe
temor? Pero ¡ah! no es temor
el que en mí llega á notarse,
que es un cruel remordimiento
del delito, á que excitarme
ha podido mi ambicion.
¿Yo verter mi propia sangre?...
Mas yá aquestas reflexîones
conozco que vienen tarde,
quando solamente esperan
Aliatar, y mis parciales,
que del Príncipe la muerte
llegue hoy á verificarse,
para, sin intermision,
Rey de Tunez aclamarme.
Yá logré la ocasion; tengan
efecto mis crueldades.

Hac. Entre sí habla, y nada puedo
percibir... Mas yá acercarse
le miro hácia aqui.

Fat. Perdona *Coge una luz.*
mi traycion abominable,
Muley; víctima á ser vas
de mis iras.

Al entrar por la puerta donde está Hacén sale éste con el Sable desembaynado, se le pone al pecho, y con la mano izquierda le arrebata un puñal que traerá viendosele en la cinta, con mucha prontitud.

Hac. Traydor, antes
con la vida pagarás
tu atentado.

Fat. ¡Qué me hallase *ap.*
tan descuidado, logrando
el puñal arrebatarme!
Permanece siempre embozado.

Hac. Descubre el rostro, ó te paso
el corazon.

Fat. No retardes
el golpe, que solo asi
es como podrá lograrse.

Hac. Merece tu horrible crimen
un castigo mas infame,
que quitarte aquí la vida.

Fat. Si pretendes entregarme
á la Guardia de Palacio,
yo he de ser el que la llame,
pues solo morir deseo.
Asi intento alucinarle, *ap.*
por ver si encuentra Aliatar
arbitrio para librarme.
Capitan de Guardia. *A voces.*

Hac. Puesto
que pretendes entregarte
preso tu mismo, y deseas
morir, extraño recates
el rostro.

Fat. Hasta darme muerte
no logrará verlo nadie.
Capitan de Guardia. *A voces.*

Hac. Esta voz, *ap.*

aunque de fingirla trate,
presumo que la conozco.

Salen Aliatar, y Moros por la derecha.

Aliat. ¿Quién á estas horas, con tales
voces, á alterar se atreve? ::-
Pero, Hacen, ¿qué es esto?
Hac. Un grave descuido:
Prended á ese asesino.
Aliat. ¿Pero sabes
tú que lo es?
Hac. Evidenciado
me hallo, que á no interceptarle
mi precaucion sus aleves
pasos, la inocente sangre
del Príncipe Muley fuera
víctima de sus crueldades.
Aliat. ¿Qué dices?
Hac. Lo cierto.
Aliat. Fuerza *ap.*
es fingir: aseguradle,
que crimen tan horroroso
será forzoso le pague
en un suplicio, y aun no
es satisfaccion bastante.
Pero dí, Hacén, ¿cómo tú
has podido cerciorarte
de sus designios?
Hac. Por este *Mostrandole el papel.*
sucinto aviso.
Fat. ¡Pesares *ap.*
qué escucho! Mi ruina es cierta
si mis proyectos se saben.
Aliat. ¿Quién te lo escribió?
Hac. De eso
me hallo, Aliatar, ignorante:
Aliat. ¿Pues cómo?
Hac. Porque le hallé
sobre mi lecho, y de nadie
indagar quien fué el que allí
le puso me ha sido fácil;
pero conozco que mas
acredita sus lealtades
con su recato: y supuesto
que del Cielo las piedades
permitieron que mi industria
sus intentos malograse,
ved quien es, y luego á una
estrecha prision llevadle.
Aliat. Hombre infelíz, di quien eres.
Fat. Como mi vida no acabes
primero, no lo sabrás.
Aliat. Vive Alá...

Llegase á Fatimán fingiendo querer descubrirlo.

Fat. Podrás matarme,
pero antes no lograrás
conocerme.
Aliat. Hacén, mas fácil
premedíto que será
diferir aqueste exâmen
hasta que esté en la prision,
porque ahora á alborotarse
no llegue el Palacio.
Hac. Dices bien:
conducidle al instante,
que yo, luego que amanezca,
haré que todo se indague.
Aliat. Traedle, pues.
Fat. Yá nada temo, *ap.*
pues salí bien de este lance.

Vanse Aliatar, y Moros conduciendo á Fatimán por la derecha.

Hac. Absorto he quedado. ¡Ah Cielos!
¡Posible es que á los mortales
pueda inspirar la perfidia
proyectos tan detestables!
¿Quién podrá ser este aleve,
que asi intenta recatarse?
¡Quántos temores y dudas
á mi corazon combaten!
¿Mas qué temo, quando ya
en estrecha prision yace
el traydor? Pero de justa
causa mis temores nacen,
pues á este traydor es fuerza
que haya otros que le acompañen:
á éstos su furor ahora
les ha de inspirar maldades
nuevas para proseguir
su ciego arrojo, y es dable
que conspiren contra mí,
si llegan á cerciorarse
de que mi lealtad fue
obstáculo á sus maldades.
Pero nada me intimida,

si la justicia inefable
del supremo Alá protege
mis intenciones leales.
Ya vá amaneciendo; quiero
entrar con sigilo, antes
de partirme á el aposento
de Muley, por si inquietarle
pudo el pasado rumor.
¡Oh grandeza, como atraes!
¡y como ninguno puede
con tranquilidad gozarte! *Vas. izq.*

Jardin magnífico: en el fondo una puerta. Aparecen Eugenio y Bernarda. La Escena será al amanecer.

Eug. Esposa amada, pues yá
las negras obscuridades
vá disipando la Aurora,
me es preciso retirarme.
El Cielo piadoso, en medio
de tantas adversidades,
nos dá el consuelo de vernos,
y asi nuestras penas calmen,
y esperemos en la suma
bondad que algun dia nos saque
de este infelíz cautiverio.

Bern. Ay Esposo, mas distantes
cada vez se encuentran nuestras
esperanzas de mirarse
libres felizmente (¡oh Dios!)
de el insufrible gravamen
á que nos ha conducido
nuestra desdicha. Mi padre
es evidente que ignora
el destino deplorable
en que existimos: ¿pues cómo
esperar nuestro rescate
podemos?

Eug. Bernarda, es cierto
lo que expresas, no sabe
tu padre nuestra desgracia:
mas por eso no desmayes,
ni desconfies. Dios quiso
que toleremos pesares
hoy, y mañana trocados
acaso en felicidades
los veremos. Yo no intento
de su justicia quexarme,
que es mui recta, y aun aquellos
que reputamos por males
suelen ser, tal vez, los bienes
mas sólidos, y apreciables;
pero la ignorancia nuestra
no llega á desengañarse
de aqueste comun error.

Bern. No me es posible negarte
que dices verdad, mas los
sentimientos naturales
es difícil reprimirlos.

Eug. La conformidad es grande
triaca para el veneno
de las infelicidades.
Y no es mui pequeño alivio
que el Cielo nos deparase
unos amos tan piadosos.

Bern. Dime, Eugenio, ¿le avisaste
á el tuyo de la traycion
que, sin que ellos me observasen,
oí trazar en el Jardin
á los dos Moros?

Eug. ¿Pues fácil
era que yo me olvidára
de encargo tan importante?
Pero, Esposa, ya no puedo
detenerme mas.

Bern. Sí, parte
al momento, y á la noche,
si es posible, no tan tarde
vengas. ¡Ah, que mi mayor
pena es de tí separarme!
A Dios, Esposo querido. *Vase izq.*

Eug. El, dueño mio, te guarde.
¡Que virtud! en ella encuentran
mis desventuras gran parte
de consuelo.

Se dirige á la puerta del fondo, saca una llave, y abre: entre tanto salen Fatimán y Aliatar por la derecha, y le ven quando está abriendo.

Aliat. Fatimán,
pues yá estás libre, no tardes
en ponerte en salvo.

Fat. ¿Pero
qué disculpa? ::- ¿Mas no abren
del Jardin la puerta?

Aliat. Es cierto;
y presumo que si el trage

no me engaña, es un Cautivo...
Ven, Fatimán, al instante
á sorprenderlo conmigo.

Fat. ¿Para qué?

Aliat. Para el mas grande,
é ingenioso ardid ::- Ven,
antes que se nos escape.

A este tiempo Eugenio habrá abierto la puerta, los dos habrán llegado cerca sin ser sentidos de él, y al entrarse le agarran, le pone Aliatar el Sable al pecho, Fatimán le tapa los ojos, y le conducen á la Escena.

Eug. ¿Quíen vá?... ¿Mas qué es esto?

Aliat. Calla,
traydor.

Eug. ¿Pues por qué?

Aliat. No hables,
ó te paso el corazon.

Eug. ¡Buen Dios!...

Aliat. Al punto llevarle
á la prision es preciso
en que estuviste.

Fat. No sabe
mi discurso discernir
que intentas.

Aliat. Quando lo alcanzes
verás hoy, siendo traydores,
acreditarnos leales. *Vanse derec.*

Salon corto. Sale Zorayda por la izq.

Zor. Un desusado rumor
oí, y pudo desvelarme
tanto, que despues ni un solo
momento me ha sido fácil
el sosegar.

Sale Bernarda por la derecha.

Bern. ¿Gran Señora,
qué causa hay para que se halle
vuestra Magestad vestida
tan temprano?

Zor. Solo nace
esta novedad de una
curiosidad. Haz que llamen
á el Capitan de la Guardia
de mi órden al instante.

Bern. Voy á serviros. *Vase por la derec.*

Zor. Es cierto
que habrá infinitos que extrañen
en mi Corte, que una Esclava
haya logrado emplearse
en mi servicio; mas veo
que por su virtud amable,
(de que ya tengo hechas pruebas)
es digna del amor grande
que la profeso.

Sale Bern. Hacén,
Señora, dice que trae
que comunicar á vuestra
Magestad un caso grave:
para entrar licencia pide.

Zor. Que entre. ¿Dí, hiciste llamasen
á el Capitan?

Bern. No Señora.

Zor. Pues hasta que yo lo mande
suspéndelo; y mientras me habla
Hacen (por si importa) á nadie
permitas que entre.

Bern. Está bien. *Vase por la derecha.*

Zor. El ruido que noté me hace
vacilar en mil sospechas,
y bien fundadas, que á tales
horas es de presumir
lo produxo causa grande.

Sale Hacén por la derecha.

Hac. Gran Señora, extrañará
vuestra Magestad gue trate
molestarla tan temprano,
pero mas justo es que extrañe
yo, mirar que abandonando
el descanso, apenas nace
el dia::-

Zor. Hacén no es del caso
eso, díme lo que traes.

Hac. Antes de ello solicíto
pediros no os sobresalte
lo que vais á saber, puesto
que hasta ahora ningun desastre
ha sucedido.

Zor. Dí, pues.

Hac. Para que pueda explicarse
despues brevemente todo,
oid este papel antes. *le saca.*

Lee. *Esta próxima noche tiene resuelto un traydor dar muerte en su mismo lecho á el Niño Muley heredero de este Reyno::-*

Zor. ¡Cielos, á mi Hijo!

Hac. Señora,
yá os dixe no rezelaseis
daño alguno, supuesto
que se consiguió atajarle.

Lec. *Y pues á vos es fácil estorbar sus viles designios, acreditad vuestro leal proceder, no malogrando este aviso.*

Zor. ¿Y fue cierto?

Hac. Si Señora:
pero el Cielo las maldades
no favorece. El traydor
exîste yá preso.

Zor. ¡Ah infame!
Su atentado pagará,
sin que la piedad le salve.
¿Y quién es aquese aleve?

Hac. Lo ignoro.

Zor. ¿Cómo?

Hac. No os cause
espanto: oid el suceso.
Despues que la mayor parte
exîstí de la pasada
noche, siendo vigilante
centinela de la vida
de Muley, á los umbrales
de su aposento, sin que
fuese observado de nadie,
(pues sin precaucion mi intento
era imposible lograrse)
oí: :- *Sale Bernarda por la derecha.*

Bern. Señora, el Capitan
de Guardia os quiere hablar.

Hac. Dadle
licencia, que importa.

Zor. Que entre. *Vas. Bern. por la derecha.*

Hac. A su cargo el reo yace;
que lo haya reconocido
presumo, y que daros trate
aviso.

Zor. Confusa estoy.

Sale Aliatar por la derecha.

Aliat. Todo consiguió lograrse *ap.*
á medida del deseo.

Zor. Y bien, Aliatar, ¿se sabe
yá quien es el traydor?

Aliat. Cierto,
Señora, que ha sido grande
mi asombro al verle: No era
posible se imaginase
en quien es.

Zor. Vaya, acaba
de expresarlo: no nos causes
mas dudas con tu silencio.

Aliat. Disfrazado en nuestro trage
un Christiano ha sido reo
de esta maldad exêcrable.

Hac. ¿Y quién es?

Aliat. Es un Cautivo
tuyo, á quien por su carácter
noble estimas mucho.

Hac. ¿Eugenio
ha sido?

Aliat. ¿Puede dudarse
lo que yo afirmo?

Hac. Conozco
que es imposible no hables
verdad, y aun lo dudo.

Zor. Hacén;
puesto que certificarse
del caso pudo Aliatar,
formar duda es agraviarle.
Y siendo asi que no puede
su perfidia disculparse,
hoy determino que muera
en un suplicio.

Aliat. A tan graves
crimenes no es conveniente
que el castigo se dilate;
y asi, Señora, ordenad
tenga luego efecto.

Hac. Antes,
para obrar con rectitud,
debe el reo exâminarse.

Aliat. Yá lo executé yo, Hacén,
en la prision, al instante
que lo reconocí, con
persuasivas y sagaces
reconvenciones, mas él
á ninguna contextarme
quiso: prueba que no tiene
disculpa. Tú tambien sabes
quán pertinaz se mostró
quando se logró arrestarle,
ocultando el rostro; pues
hasta que llegó á mirarse
en la prision, y por fuerza

lo executé yo, de nadie
fue conocido. Supuesto
lo que he referido, acabe
vuestra Magestad ahora
de resolver.
Zor. Inmutable
es yá mi resolucion.
Hacén, tú á notificarle
la sentencia has de ir.
Hac. Señora:: -
Zor. Y ahora quiero que pases
á formarla en mi despacho
conmigo.
Hac. De vuestra amable
bondad una gracia espero
me otorgueis.
Zor. ¿Qué, es tu dictámen
acaso, por ese vil
asesino interesarte?
Hac Gran Señora, no es mi intento
exîgir vuestras piedades
para él: bien reconozco
es indigno de que usarse
deban. Lo que pretendo es
os digneis de exônerarme
del encargo que me haceis.
Confieso que ha de faltarme
resistencia para verle
en el lastimoso trance
de hacerle saber su muerte,
porque le amo con grande
extremo.
Aliat. Señora, á mí
me consta; y asi otorgadle,
pues es tan justa, la gracia
que os pide. Que no le hable *ap.*
conviene; asi no hay peligro
que la traycion se declare.
Zor. Siendo indiferente que
lo execute otro, evitarte
quiero esta pena. Bernarda?
Sale Bernarda por la derecha.
Bern. ¿Qué me mandais?
Zor. Vé al instante
á el aposento de mi hijo,
y si despierto se halláre
haz que le vistan, y aquí
le conduce.
Bern. Vigilante
vá mi obediencia á serviros.
Vase por la izquierda.
Zor. Hacén vamos á formarle
la sentencia á aquel traydor.
Vase por la izquierda.
Hac. Yá os obedezco. ¡Cruel trance!
Vase por la izquierda.
Aliat. Aunque consiguió la industria
de Hacén que se malograse
el designio, sorprendiendo
á Fatimán, favorable
se ha mostrado la fortuna
despues. No es posible alcance
ninguno á saber el fondo
de arcano tan importante,
en pereciendo el Cautivo.
Mas Fatimán llega.
Sale Fatimán con otro vestido por la der.
Fat. ¿Sabes
donde la Reyna se encuentra?
Aliat. En su despacho. Aquietarte
procura, que manifiesta
sobresalto tu semblante.
Fat. No es posible hasta que vea
si el proyecto que inventaste
tiene buen éxito.
Aliat. Yá
no tienes que rezelarte,
pues la Reyna, seducida
por mí, que le sentenciase
á muerte logré: yá el fallo
ahora pasó á firmarle.
¿Le llevaste tu vestido
á la prision?
Fat. Con notable
recato lo hice, y el suyo
le guardé donde de nadie
pueda ser visto.
Aliat. Pues yá
no temas. Dame la llave
de la prision.
Fat. Esta es. *Se la dá.*
Aliat. Ahora es muy importante
hacer la lealtad de Hacén
sospechosa, pues el lance
se ha dispuesto de manera
que las sospechas recaen

en su Esclavo.

Fat. Dices bien,
y asi lograré vengarme
de él. Yo mismo he de ser
el que á la Reyna le hable
sobre el caso.

Aliat. Calla, que oygo
pasos.

Sale Muzaf por la derecha.

Muz. No sé donde hallarse
pueda. ¿Aliatar, has visto,
acaso á Hacén?

Aliat. Esperarle
puedes aqui, que al despacho
entró de la Reyna. ¿Traes
alguna novedad?

Muz. Si...
Mas ya presumo que sale.

Sale Hacén con un decreto por la izq.

Hac. ¡Ay de mí!

Muz. Hacén, vengo á traeros
una novedad de parte
de vuestra familia. Eugenio,
aquel Cautivo::-

Hac. No acabes
de referirlo, pues sé
mas que puedes tu informarme.
Y supuesto que la Reyna
manda que quien yo ordenáre
lo execute; este decreto
inmediatamente parte
á disponer tenga efecto,
Muzaf; y tú á donde yace
Eugenio ve á conducirle,
Aliatar.

Muz. ¿Qué novedades
ocurren?

Hac. Ahí las verás. *Le dá el decreto.*

Aliat. Vamos, Muzaf.

Muz. ¡En qué graves
dudas me encuentro!

Vase con Aliatar por la derecha.

Fat. Entrar quiero
á ver la Reyna, y con grande
disimulo á fomentar
el logro de mis crueldades. *Vase izq.*

Hac. ¡Valgame Alá! ¡Quántas penas
á mi corazon combaten!
¡Ay Eugenio, mi excesivo
amor qué mal le pagaste!
Pero, Cielos, aquel hombre
que ví, mui desemejante
á él me pareció... La voz
que oí no es posible acabe
de persuadirme que era
suya... ¿No sería fácil
que algun infame ardid?::-Es
increible. ¿Y acaso, cabe
en su virtud un delito
tan fiero y abominable?
¿Mas qué dudo, si se encuentra
verificado? ¡Ah, en qué grande
abysmo de confusiones
fluctúa el discurso errante!
¿Pero qué discurro, si
no es posible que se halle
ahora yá ningun arbitrio
para poder libertarle?
La sentencia que firmó
la Reyna, es irrevocable.
¡Ay de mí! Yá no hay remedio
mas, aunque muera, su imágen
amable, jamás de mi alma
será posible borrarse. *Vase derech.*

Salen Zorayda y Fatimán por la izquierda.

Fat. Señora, es cierto, que á vista
de suceso semejante
no extraño vuestra tristeza,
porque ¿quién duda dimane
de alguna conspiracion
secreta? Pero no obstante
el pronto castigo de ese
vil Christiano ha de causarles
terror y escarmiento á un tiempo
á las almas desleales.

Zor. ¡Ah! ¡Quién encontrára arbitrio
para que se averiguase
quien de aquesta iniquidad
ha sido el autor infame!

Fat. Mi idéa ha formado cierta
presuncion: :- Mas que la calle
es conveniente.

Zor. Pues quando
me contemplas anegarme
en un abysmo de dudas,
¿será posible recates

Fatimán, lo que discurres?

Fat. Temo que mi voz agravie
por una sospecha::-

Zor. Ya
deseo me la declares.

Fat. Siendo asi no me culpeis
si no se verificase.
Yo he presumido, Señora,
que Hacén::-

Zor. ¿Qué dices?

Fat. Hallarse
él en Palacio, y su Esclavo
ser instrumento exêcrable
de el delito, son indicios
verdaderamente, que hacen
juzgar en él ::-

Zor. Yo no creo
que pueda ser él: no es dable
en su virtud. Fuera de eso,
si fue quien en aquel trance,
segun comprehendí, evadir
el riesgo logró, mediante
un aviso, ¿cómo puedo
creer sospecha tan distante
de su conducta?

Fat. Señora,
suelen, tal vez, ocultarse
las mas iniqüas trayciones
con el velo de lealtades.
Aliatar me refirió
el caso, y haciendo exâmen
de sus circunstancias, son
mis sospechas disculpables.

Zor. Cómo fué?

Fat. Dice que oyó
rumor de pisadas antes
de amanecer, y movido
de rezelo, vigilante
acudió con dos Soldados
á procurar enterarse.
Llegó á un sitio que dá paso
al quarto del tierno Infante,
y apenas entró oyó á Hacén
decir, prended á ese infame
asesino, á quien logré
el puñal arrebatarle,
que de Muley á teñirle
iba en la inocente sangre.
En efecto, se logró
prenderle, mas no fué fácil
conocerle hasta llegar
en la prision á arrestarle.
¿Juzgais, acaso, po ible,
que el traydor se descuidase
de tal suerte, que pudiese
Hacén el puñal quitarle?
Pues yo no puedo creerlo.
Ademàs, por una frágil
resistencia que hizo el reo,
mandó que ninguno osase
quitarle el embozo: á esto
algun fin pudo obligarlo.
Ultimamente, yo he dicho,
puesto que me lo mandasteis,
quanto sentía; ahora haced,
Señora, lo que os agrade.

Zor. ¡Cielos, en qué confusion *ap.*
me hallo! Pero asegurarme
es forzoso. Fatimán,
inmediatamente parte
á hacer que en su propia casa
se arreste á Hacén, mientras
se hacen averiguaciones.

Fat. Voy
á serviros al instante.
Fortuna, yá el primer paso *ap.*
he dado para arruinarle:
el peligro á que me expuso
con su vida haré le pague.

Vase por la derecha.

Zor. No me es posible creer
que es traydor Hacén, aunque halle
indicios que lo persuadan;
pero en tal caso informarme
con precaucion y sigilo,
yo misma será importante.
Voy á ver si está mi hijo
vestido. El Cielo guiarme
quiera, para que yo venza
tan graves dificultades.

Vase por la izquierda.

Prision subterránea, con asiento de piedra, en él Eugenio con el vestido que Fatimán tuvo al principio de el Acto, mal puesto, y cadena al pie. A la derecha una puerta con escalera. La Escena

estará obscura.

Eug. Hacedor Soberano,
Dios piadoso y amable,
fortaleced mi alma,
para que sufra tan acerbos males.
¿Mas qué es lo que profiero?
no debo asi llamarles:
males son los que duran, (barse.
y no los que muy pronto han de aca-
El daño mas terrible
que puedo rezelarme
es la muerte, y con ella
espero un colmo de felicidades.
Muy infelíz sería,
si no me consolase
con tan justa esperanza;
y asi mi sentimiento es mas suave.
Permitid, ó Dios mio,
que jamás se separe
mi dictámen del vuestro,
sufriendo con valor estos ultrages.
Resignado mi pecho
á las penalidades,
venerará de vuestra
justicia los decretos inefables.
Solo, aunque lo procuro,
no es posible borrarse
en mi triste memoria (imágen.
de mi Esposa infelíz (¡ay Dios!) la
¡Qué acerbos sentimientos,
qué penas tan fatales
sufrirá quando sepa
mi situacion amarga y deplorable!
Dadle, Señor, consuelo
en conflicto tan grave,
pues su corazon débil
no basta á resistir tantos pesares.
Ignoro porque causa
pudieron trasladarme
á esta lóbrega estancia, (dage.
donde las sombras tienen su hospe-
Apenas me trageron
mandaron desnudarme
mi vestido, y en cambio
me dieron luego este morisco trage.
Envuelto en confusiones
me encuentro en este trance;
mas qualquier fiero insulto
le sufriré con ánimo constante;
pero la puerta abrieron:
corazon no desmayes,
porque á quien la fe anima (barde;
¿qué riesgo puede haber que le aco-

A la puerta Aliatar, Muzaf, y un Moro con una hacha.

Aliat. Entra, pues, Muzaf, y abrevia
pronto el encargo que traes
á executar: no en preguntas
ahora el tiempo malgastes,
pues con un reo sentenciado
que todas son vanas sabes.
Aqui afuera espero. *Vase.*

Muz. Bien?
Quanto siento me intimasen
aqueste encargo. Alli miro
á el Cautivo con el trage
que le encubrió: hasta llegar
yo mismo á desengañarme
dudaba en él tan enorme
vileza: quiero llamarle.
Eugenio.

Eug. ¿Qué me mandais? *Se levanta.*

Muz. Te prevengo que te armes
de constancia. Nuestra Reyna
me ordena inteligenciarte
de este decreto, en el qual
manda mueras esta tarde
en un suplicio.

Eug. ¡Ay de mí!
¿Pero, Muzaf, sentenciarse
debe á un reo, sin que él sepa
su delito?

Muf. ¿No lo sabes?
Porque quisiste dar muerte,
disfrazado en ese trage,
de este Reyno á el heredero.

Eug. ¡Ah Cielos! yá veo el dictámen *ap.*
maléfico con que hicieron
que mi vestido trocase.
¿Y decid, quién de tal crimen
me acusó?

Muz. No sé.

Eug. ¡Qué tales *ap.*
tramas la maldad fomente!

Muz. Cree, Eugenio, que en un trance
tan amargo hallar quisiera

medios para consolarte.
Eug. Solo en la piedad del Cielo
espero consuelo: él sabe
mi inocencia, y es en vano
querer á otro quexarme,
estando ya dado el fallo
de la sentencia: pero antes
á vuestro zelo un encargo
pretendo, Muzaf, fiarle.
Muz. A tu arbitrio disponer
puedes de mis facultades.
Eug. Decidle, amigo, á mi amo
no olvide aquel importante
aviso que halló en su quarto,
y que no crea esta infame
calumnia con que ha podido
la perfidia denigrarme.
Que advierta á la Reyna, como
se encuentra en un riesgo grave,
que procure con cautela
precaverse; y que aunque me hallen
reo, quizá fui yo mismo,
por evitar las maldades
enormes que se me imputan,
el autor de mi desastre.
Que muero inocente, pero
confiado en sus bondades,
que en tal conflicto á mi Esposa
(¡ay de mí) no desamparen.
Muz. ¿Tu Esposa? ¿y dónde se encuentra?
Eug. ¡Oh buen Dios! Hacén lo sabe.
El dolor no me permite
que prosiga: perdonadme,
no puedo mas.
Se sienta consternado de dolor.
Muz. ¡Qué tristeza
en mi corazon se esparce
al mirar tan triste Escena!
Su semblante persuade
que habita en él la inocencia.
Eug. ¡Ay Dios!
Aliatar á la puerta.
Aliat. ¿Muzaf, acabaste?
Muz. Si. Eugenio, á Dios, y el Cielo
te dé alivio en tantos males.
Vanse, dexando el hacha en la quiebra de una peña.
Eug. Si dará, que sus auxilios
no es posible que me falten.
Permanece sentado, y cae el Telón, dando fin á el Acto.

ACTO SEGUNDO.

Aposento corto. *Aparece Hacén.*

Hac. Aunque me esfuerzo es en vano.
No, no puede mi afligido
pensamiento separar
de sí un objeto tan digno
de compasion. ¡Quién pudiera
encontrar algun arbitrio
para libertarle! ¡Ah!
yá el pensar eso es delirio.
¿Pero quién entra?
Sale Muzaf por la derecha.
Muz. Yo soy,
Hacén.
Hac. ¡Oh, Muzaf, amigo? (vo?
¿A qué vienes? ¿Qué hay de nue-
Muz. Mucho mal. Enternecido
os confieso que me tiene
de ese infeliz el destino.
No puedo creer que él sea
autor del grave delito
que le han imputado, aunque
lo acreditan los indicios.
El afirma que se encuentra
inocente, con tan vivos
afectos, que desde luego
ser cierto me he persuadido.
La serenidad que muestra
en su ánimo, dá motivos
de imaginar que no es reo,
pues el que lo es, impelido
del remordimiento, nunca
puede aparecer tranquilo.
Mas vamos al caso: ahora
os pide que compasivo
patrocineis á su Esposa
en este amargo conflicto.
Me advirtió tambien, que hagais
memoria de cierto aviso (teis.
que en vuestro quarto encontras-
Hac. ¡Justo Alá, qué es lo que he oído!
El está inocente.... Vén,

vén á Palacio conmigo,
que yo á nuestra Soberana
informaré en este mismo
momento::- ¿Pero quién es?

Salen Fatimán y Soldados por la derecha.

Fat. Yo.

Hac. ¿Fatimán, qué motivo
con tropa armada á mi casa
te trae?

Fat. Executar sumiso
lo que la Reyna ha mandado.

Hac. ¿Y qué manda?

Fat. Que aquí mismo
permanezcas preso.

Hac. ¡Ah Cielos!
¿Pero qué causa ha podido
dar fomento á esta prision?

Fat. No sé mas de que he venido
á obedecer sus mandatos.
Vosotros constituidos *A la Guardia.*
en custodia de esta casa
quedais: á fuera salíos. *Vase la Guardia.*

Muz. Estoy confuso.

Fat. Muzaf,
su Magestad me previno
tambien que te intimase
apresures el castigo
del reo que está á tu cargo.

Hac. ¡Ay Fatimán! Tus auxílios
para ese infeliz imploro
en este trance. He sabido
que es inocente.

Fat. ¿Inocente?

Hac. No hay duda.

Fat. ¿Si algun indicio *ap.*
contra mí habrán indagado?
Me has dexado sorprendido
Hacén: ¿Cómo acreditar
tú su inocencia has podido?

Hac. Como habiendo sido él
(segun ahora he comprehendido)
quien me avisó la traycion,
ser imposible exámino
hallarse reo.

Fat. Aunque sea
cierto, tengo por delirio
solicitar que la Reyna,
solo por un leve indicio,
la sentencia que firmó
pueda revocar.

Hac. No aspiro
á eso: lo que deseo
es, que un término sucinto
se suspenda, pues tal vez
el Cielo abrirá camino
para librarle.

Fat. Yo haré *ap.*
que se frustren tus designios.
Hacén, á hacerle presente
voy en este instante mismo
tu pretension á la Reyna.

Hac. Que accederá á ella fio
de tu instancia. Hazle presente
que casi probada miro
en Eugenio la inocencia;
y puesto que en su benigno
corazon faltar no puede
piedad, con ese Cautivo
es justo la manifieste,
pues no solo del delito
no es reo, sino que fue
él quien logró descubrirlo.

Fat. Voy enterado. Muzaf,
vén á Palacio conmigo.

Muz. ¿Querrá, acaso que yo informe *ap.*
á la Reyna? Ah! el placer mio
será completo, si Eugenio
se liberta del suplicio.
Vamos, pues.

Fat. El separarlos *ap.*
para mi intento imagino
que conviene. Alá te guarde
Hacén.

Hac. El vaya contigo. *Vanse los dos por la derecha.*
¡Como yo consiga á Eugenio
libertar, qué regocijo
poseerá mi corazon!
Mas con esta idéa me olvído
de mí prision: ¿Es posible
que la Reyna tan impío
rigor use con Hacén?
Sin duda le han producido
las imposturas de algun
traydor, que se halla incluído
en la vil conspiracion:
mas fio en el patrocinio

del Cielo haga descubrir
de mi lealtad los brillos.
No me fuera tan sensible
mi arresto, á no haber servido
de obstáculo para el logro
de mi importante designio.
Pero en Fatimán espero
ha de conseguír::- Tan tibio
se mostró, que dudo si
cumplirá lo que ha ofrecido.
En Muzaf mas confianza
tendría... Pero si imagino
dilatarlo, el tiempo yá
no dá treguas. ¡En qué abysmo
de amarguras me hallo!.. Mas
yá me sugiere un arbitrio
el discurso: voy á hacer
que tenga efecto al proviso.
El Grande Alá en tantas penas
me dé su favor y auxilio. *Vase.*

Salon magnifico. Aparecen Zorayda, Bernarda y Muley, niño.

Bern. Parece que estais, Señora,
triste.
Zor. Sí, y con gran motivo.
Mul. ¿Qué os aflige, madre mia?
Zor. ¡Ay Muley! ¡Ay querido hijo,
tu amable vida, en qué riesgo
tan inminente se ha visto!
Bern Presumo que los traydores *ap.*
que vi, sin duda han querido
efectuar su maldad.
Mul. Madre,
á mí no me ha sucedido
ningun riesgo.
Zor. Sucedió
de modo que no has podido
tu entenderlo.
Bern. Gran Señora,
supuesto que el encubriros
lo que yo sobre este caso
indagué, fuera delito,
quiero lo sepais; y si antes
lo callé, fué porque quiso
mi zelo certificarse,
dando primero el aviso
á quien pudiese evadir,
con precaucion, el peligro.
Zor. ¿Luego el aviso que Hacén
adquirió, fue producido
por tu lealtad?
Bern. Sí, Señora.
Zor. Cielos, yá encontré camino *ap.*
para salir de las dudas
en que se halla sumergido
mi discurso. Vaya, acaba
Bernarda, de referirlo.
Bern. Tres noches hace::-

Sale Orosmina por la derecha.

Orosm. Señora,
Fatimán pide permiso
para entrar.
Zor. Dí que entre. Siento *Vase Orosm.*
que nos haya interrumpido
en esta ocasion: mas no
te separes de este sitio
hasta que parta.

Sale Fatimán por la derecha.

Fat. Señora,
vuestro mandato cumplido
está yá.
Bern. Aquesta voz es, *ap.*
si no me engaña el oído,
de uno de aquellos traydores.
Zor. Fatimán, tengo creído
que es imposible que Hacén
sea traydor.
Bern. ¡Cielos Divinos, *ap.*
Hacén traydor!
Fat. Yo tampoco
lo creo; pero es preciso,
para obrar con rectitud,
dar asenso á los indicios
en las averiguaciones
de semejantes delitos,
y en Hacén para fundarlos
causa justa hay, si advertimos
que un Cautivo suyo fue
el alevoso asesino.
Bern. ¡Qué oygo! Señora, aunque sea
atrevimiento, os suplíco
me hagais merced de decirme
el nombre de ese Cautivo.
Zor. Si no me engaño, dixeron
se llama Eugenio.
Bern. ¡Dios mio

valedme! ¿Mi amado esposo
preso por vil asesino?
quando él fue::-

Zor. ¿Tu eres Esposa
de aquese Christiano iniqüo?

Bern. No denigreis su virtud
con dicterios tan indignos,
y advertid::- Pero no puedo
proseguir... ¡Ay Dios!.. Mi activo
dolor... Perdonad, Señora.

Se sienta, quedando consternada de dolor.

Mul. Otra vez no vengais, tio,
á hacer llorar á Bernarda.

Zor. Mi pecho se ha enternecido
al verla.

Fat. Aunque la piedad
debe en los pechos invictos
reynar, en esta ocasion
que exerciteis es preciso
la justicia. Esa muger
qüe es cómplice he comprehendido
en el crimen de su Esposo;
y asi, si el dictámen mio
aprobais, es conveniente
conducirla al punto mismo
á la prision en que el yace:
en ella, con gran sigilo,
oiré yo todo quanto hablen,
y vereis como salimos
de dudas.

Zor. Bien has pensado;
Pero antes solicíto
informarme de un arcano
muy importante, que dixo
la Cautiva me quería
descubrir, y con motivo
de llegar tú, no acabó
de expresarlo.

Fat. No deis oídos
á engaños, que le habrá, acaso,
su malicia sugerido
en abono del traydor.

Zor. Yá la experiencia me ha dicho,
Fatimán, que en ella habíta
la virtud, y aunque haya sido
traydor su Esposo, estár puede
inocente.

Fat. Si ha tenido
la precaucion de ocultaros
que era su Esposo ese impío,
¿juzgais que este disimulo
no es á algun fin dirigido?
Y si es inocente, como
os persuadís, en el mismo
acto de hablarse los dos
es forzoso descubrirlo.
En tal caso::- Mas, Señora,
se me olvidaba deciros
que se halló en poder del reo
aquesta llave. *Se la dá.*

Zor. ¡Qué miro
de la puerta es del Jardin.

Bern. ¡Ay de mí!

Mul. No con tanto ahinco
llores, Bernarda.

Bern. Señora::-

Zor. Dí, ¿acaso te has atrevido
á darle á tu Esposo esta
llave?

Bern. No puedo encubriros
esa verdad: mas::-

Fat. ¿Quereis
ver mas claro su delito?

Bern. Señora, ved::-

Zor. ¿Qué he de ver,
aleve, quando averiguo
que eres cómplice en el fiero
delito? Ni aun has podido
negarlo. Fatimán, haz
conducirla al mismo sitio
en que se encuentra el traydor.

Bern. ¡Ah, gran Señora! Ese iniqüo
es el mismo que maquína
asesinar á vuestro hijo.
Advertid que en el Jardin
lo escuché yo: sí, lo afirmo,
que, aunque no le ví, su voz
es la misma que mi oído
percibió.

Fat. Ahora acabareis,
Señora, de persuadiros
si en quien se atreve á inventar
un engaño tan maligno,
puede existir la virtud.
Vén á la prision.

Bern. Yá sigo

tus pasos ; y pues vé el Cielo
nuestra inocencia, confio
que su bondad nos dé esfuerzo
en tán amargo conflicto.

Fat. Con mi industria, al fin, salí *ap.*
de aqueste riesgo imprevisto.
Vase con Bernarda por la derecha.

Mul. ¿Me voy con Bernarda?

Zor. No;
ahora no puede ser, hijo.
Cada vez mas confusiones
agitan el pecho mio.
¡Cielos, si será verdad
lo que la Christiana dixo!
Tan eficaz entereza
manifestó al proferirlo,
que casi me persuade
á darle asenso. Su digno
corazon, en mi concepto,
es incapaz de delito:
¿pero no lo verifican
tan evidentes indicios?
Pueden mentir. Fatimán,
en aquel momento mismo
de oir su calumnia, le ví
con todo el color perdido,
y queriendo hablar se hallaba
balbuciente... Dá motivos
para sospechar...
Sale Orosmina por la derecha.

Orosm. Señora,
un criado, segun ha dicho,
de Hacén, pide para hablaros
licencia.

Zor. Que entre. Poseído *Vase Orosm.*
de un vehemente sobresalto
el corazon, no halla arbitrio
para aquietarse.
Sale Ibrahin con un memorial por la derec.

Ibrah. Mi amo,
Señora, os pide rendido
leais este memorial. *Se le dá.*

Zor. Bien está. A fuera salíos,
si acaso esperais respuesta.

Ibrah. Que no la esperára dixo.
Alá, gran Señora, os guarde. *Vas. der.*

Zor. ¡Con quántas dudas vacilo! *Lee.*

Mul. ¿Madre mia, pero no
volverá luego?

Zor. ¡Qué miro!
¡Valgame el Cielo! ¿A qué fin
Fatimán habrá podido
ocultarme esta noticia?
Exâminar es preciso
aqueste caso yo misma,
para obrar en él con tino.
Orosmina?

Sale Orosm. ¿Qué mandais?

Zor. Que conduzcas al proviso
á Muley á su aposento;
pero mira que te intímo
no te apartes de su lado
hasta que yo entre.

Orosm. Serviros
solamente es mi deseo.
Vase con Muley por la izquierda.

Zor. Enterarme solicíto
otra vez de lo que Hacén
en el memorial me ha escrito.

Lee. *Mi Soberana, sin embargo de haber encargado á Fatimán os hiciese presente como el Christiano, que está preso por traydor, he sabido que fué por quien tuve el aviso que visteis, é intercediese con vuestra piedad á efecto de que os digneis mandar se suspenda la execucion de la sentencia, he querido instaros de nuevo: advirtiendoos, que si por ser increible lo que expreso, no accedeis á mi súplica, debeis hacerlo, considerando, que de una sentencia precipitada, y sin oir al reo, pueden seguirse muy fatales consequencias.*

Es evidente; conozco
ahora que he procedido
con pasion en esta causa,
por ser mi hijo el ofendido.
Pero yo procuraré
el yerro que he cometido
enmendarle. El justo Cielo
me dé su favor y auxîlio
para que salga de tanta
confusion, y á un tiempo mismo
le dé premio á la lealtad
y á la perfidia castigo. *Vase.*

Salon corto. Sale Aliatar por la derecha.

Aliat. No sé dónde podré hallar
á Fatimán... ¿Mas qué miro?
Con la Cautiva, criada
de la Reyna, hácia este sitio
se aproxîma.

Salen Fatimán y Bernarda por la izquierda.

Fat. A tiempo te hallo,
Aliatar, que necesito
tu persona. A la prision,
donde se encuentra el Cautivo,
conduce aquesta Christiana.

Aliat. Pero dime, ¿qué delito
cometió?

Fat. Escucha. *Hablan los dos en secreto.*

Bern. ¡Ay Esposo!
Contemplo que á tu afligido
corazon se le prepara
nuevamente otro martyrio
al mirarme padecer.

Fat. Es fuerza estár precavidos,
porque Zorayda, tal vez
contra mí habrá concebido
alguna sospecha, en fuerza
de lo que esta Esclava dixo.
Parte á conducirla: en tanto
voy yo á hacer que del Cautivo
se execute la sentencia;
despues::- Pero en este sitio
no es bien hablar esto: vete.

Aliat. Vamos, Christiana.

Bern. Ya os sigo.

Vase con Aliatar por la derecha.

Fat. ¡Oh, en quantos temores se halla
envuelto siempre el delito!
Pero quien por medio de él
una accion grande ha emprendido,
hasta conseguirla, debe
obstentar el mayor brio,
sin que á intimidarle basten
los mas atroces peligros.

Sale Muzaf por la derecha.

Muz. Esto ha de ser: á la Reyna *ap.*
informarla solicíto
de todo el caso, primero
que se efectúe el castigo
del Christiano.

Fat. Dí, Muzaf,
¿hiciste yá que ese iniqüo
pereciese?

Muz. Hasta saber
si mediante aquel aviso
de Hacén::-

Fat. ¡Qué locura! ¿Piensas
que la Reyna á tal delirio
diese crédito? ¿Y mas quando
yá el exêcrable delito
se encuentra justificado
por la declaracion que hizo
su misma Esposa?

Muz. ¿Su Esposa?

Fat. Sí: en este instante mismo
fue llevada á la prision
á donde existe el impío.
En conseqüencia, la Reyna
mandó, que si aun está vivo
inmediatamente fuese
al suplicio conducido;
y asi, á hacer que su mandato
tenga efecto, vén conmigo.

Muz. No es posible me persuada *ap.*
que en el Christiano hay delito.

Vanse por la derecha.

La prision subterránea, alumbrada con Hacha que quedó en ella. Aparece Eugenio, segun quedó al fin del Acto primero.

Eug. ¡Ay de mí! Memoria dexa
de afligir yá el pecho mio,
representando en la idéa
recuerdos tan doloridos.
Yá no hay arbitrio: mi vida
en un infame suplicio
ha de hallar término, dentro
de un espacio muy sucinto.
No siento morir, si no::-
Pero en la puerta oígo ruido:
sin duda la hora es llegada.
Dadme constancia, Dios mio.

A la puerta Aliatar y Bernarda.

Aliat. Entra, pues. *Vase, y cierra.*

Bern. Cielos, mi esfuerzo

Se dirige á donde está Eugenio.

desmaya. ¡Eugenio querido!

Eug. ¿Qué advierto? ¡Bernarda mia!

Se levanta.

Bern. ¿Mas qué trage tan distinto

del tuyo es ese?
Eug. Este trage
es un infame testigo
que me acredita reo. ¿Pero
cómo entrar te han permitido
á esta estancia?
Bern. ¡Ay dulce Esposo!
Yá la infiel desgracia quiso
demostrar que han de ser siempre
iguales nuestros destinos,
pues ha dispuesto que hoy
á morir venga contigo.
Eug. ¡Buen Dios!
Bern. No te cause espanto,
que á quien la maldad arbitrio
pudo sugerirle para
imputarte el vil delito,
alegando para ello
tan evidentes indicios,
mas creible es que me hayan
en la calumnia incluido.
Eug. Pues Esposa, en este trance
manifestar es preciso,
para sufrir tantos males,
un inexôrable brio.
Esos bárbaros podrán
hacer que prostituídos
seamos con ignominia,
á sus infames delitos;
pero no podrán borrar
de nuestra alma los brillos
del candor que en ella exîste.
Dios por sus altos juicios
dispone que padezcamos
este oprobrio, y es preciso
conformarnos. Que á la muerte
hemos de ser conducidos
es evidente, Bernarda;
mas con mucho regocijo
será justo padecerla,
quando por ella exâmíno
que, acaso, grangearémos
la corona del martyrio.
Sí, Esposa amada, ofrezcamos
nuestra vida en sacrificio
á Dios, implorando humildes
sus soberanos auxîlios,
que con ellos no hallarémos
obstáculo, que impedirnos
nuestra resolucion pueda,
despreciarémos altivos
el orgullo pertinaz
de esos bárbaros impíos,
y sufrirémos gustosos
los mas acerbos conflictos.
Bern. ¡Ah Esposo! Mi sentimiento
no sería tan activo,
si yo sola padeciese:
el verte constituído
en situacion tan funesta,
sin que darte pueda alivio,
es el dolor que devóra
mi corazon afligido.
Eug. ¡Oh, qué virtud! No presumas
que es inferior el martyrio
que sufro, quando contemplo
el tuyo, mas le disipo
con entereza, ajustando
á los decretos Divinos
mi voluntad: esta misma
resignacion de tí exîjo.
De esta suerte:.:- Mas la puerta
abrieron.
Bern. ¡Qué combatido
de sustos se halla mi pecho!
Sale Muzaf, diciendo el primer verso á la puerta.
Muz. No entreis ninguno conmigo.
¡Quánto excita mi terneza *ap.*
un trance tan compasivo!
Eugenio?
Eug. ¿Qué me mandais?
Muz. Que muestres valor, amigo,
y me sigas.
Bern. ¡Ay de mí!
Eug. ¿Dónde vamos?
Muz. Aun decirlo
el dolor no me permite.
Bern. ¡Ay Dios! Bastante habeis dicho
sin explicaros. Esposo, *Enternecida.*
llegó la hora en que es preciso
separarnos para siempre.
Muz. Quisiera, en tan cruel conflicto,
consolaros, mas no puedo.
Bern. Sí, bien podeis: yo os suplíco
que me otorgueis el consuelo

de conducirme al suplicio
con mi Esposo amado. ¡Ah!
¿si el muere, para qué estimo
mi vida?
Eug. Esposa, no asi
dexes del dolor impío
rendirte. Muzaf, á vos
quiero una gracia pediros,
y es, que antes de ir á morir
mandeis trueque este vestido
por otro Español, que es fácil
hallarle entre los Cautivos.
Muz. Como pides se hará. ¿Pero
dónde está el tuyo?
Eug. ¡Oh, Dios mio!
No sé. Ea, vamos. Bernarda::-
El corazon oprimido
ni aun hablar me dexa.
Bern. ¡Oh! ¡Quién
mayor tormento ha sufrido!
Muz. ¡Qué escena tan triste! Eugenio,
vamos.
Bern. Yo á morir contigo
iré; aunque::-
Muz. Tente, no te *Deteniendola.*
precipites á un delirio.
Eug. Mi pena me ahoga. A Dios,
Esposa.
Bern. Esposo querido,
espera. ¡Ay de mí!
Muz. ¡Oh, quánto
compadezco su destino!
Vanse los dos, cerrando la puerta.
Bern. Aunque os opongais::- Mas yá
cerraron. Crueles Ministros,
¿no os bastaba el haber una
inocencia conducido
á ser víctima infelíz
de vuestro rigor impío,
si no negarme el consuelo
de darle de mi cariño
la última prueba á mi Esposo,
exalando con heroísmo
mi último aliento á su vista?
¡Ah inhumanos! De el divino
Juez temed que á vuestra culpa
imponga un atroz castigo.
¡Ay Eugenio! ¡Quién creyera
que en un infame suplicio
tu amable vida acabase!
¿Mas yo para proferirlo
tengo ánimo, sin que logre
darme muerte el dolor mismo?
Sin duda soy insensible:
de bronce el corazon mio
es, quando no le devoran
tormentos tan excesivos.
Pero si lo harán: aqueste
lóbrego y funesto sitio
será patíbulo, á donde
la infelíz vida que animo,
y que yá me cansa, tenga
término. El medio es preciso
meditar para extinguirla...
Pero ¡ah! ¿qué he proferido?
¿Yo darme muerte? ¿Quién sigue
la sagrada Ley de Christo
á tal desesperacion
se precipita? Dios mio,
haced que mi corazon
sufra este acerbo martyrio
con fortaleza, imitando
la que ha mostrado en su digno
corazon mi amado Esposo,
sufriendo de estos iniqüos
tan fiera persecucion.
Que será cierta imagino
mi muerte tambien, y asi,
es forzoso con invicto
valor para tolerarla
disponerme... ¿Mas qué he oído?
Otra vez abren la puerta.
¿Qué podrá ser? Valor mio,
nada te intimíde.
A la puerta Zorayda, y Muzaf.
Zor. Espera
hasta que yo te dé aviso. *Vas. Muz.*
Contra Fatimán se aumentan
mas cada vez los indicios.
Bernarda?
Bern. ¡Cielos que veo!
¡Oh Señora! ¿Qué motivo
á este seno, donde habita
el horror, os ha traído?
Zor. El instruirme de varias
dudas, que se han producido

en mi idéa. ¿Dí, á qué efecto
pudiste con artificio
ocultarme que tu Esposo
tambien en Túnez cautivo
existía?

Bern. Gran Señora,
yo os prometí referiros
mis sucesos: bien sabeis
que hasta ahora me han impedido
las graves ocupaciones
que os molestan de continuo
executarlo. Ved, pues,
que no habiendo conseguido
sepais mis desgracias, es
inculpable mi sigiló.

Zor. Y la llave que tu Esposo
tenía ¿con qué designio
se la entregaste, abusando
de mi confianza?

Bern. El delito
mio es ese, no lo niego:
mi excesivo amor me hizo
atropellar el respeto
al Real Palacio debido.
Por disipar nuestras penas
en parte, con el alivio
de hablarnos algunas noches
en el Jardin, he tenido
tal atrevimiento; pero
tambien, Señora, os afirmo,
que de él dimanó evitar
la muerte de vuestro hijo.

Zor. En efecto, ¿tu aseguras
que es Fatimán el iniqüo
autor de este enorme crimen?

Bern. Si Señora: el Cielo quiso
le oyese trazar con otro
aleve, su vil designio
en el Jardin, escondida
en un retirado sitio,
tres noches hace: á mi Esposo
se lo expresé; advertido
él á Hacén su amo le dió
inmediatamente aviso;
y el premio que halló su leal
proceder (¡ay de mí!) ha sido
hacerle con improperio
morir hoy en un suplicio.
¡Oh buen Dios!

Zor. De oirla me hallo *ap.*
enternecida.

Bern. ¡Ah querido
Eugenio! Yá habrán sin duda
tu amable vida extinguido
con inhumana fiereza
esos tiranos ministros.
Pero mi dolor acerbo,
y de tu imagen los vivos
recuerdos pronto al sepulcro
me conduciran contigo.

Zor. Las lagrimas á mis ojos *ap.*
ha hecho asomar su conflicto.
Muzaf? *Sale Muzaf.*

Muz. ¿Qué ordenais?

Zor. Que mandes
entrarle.

Muz. Voy á serviros. *Vase.*

Zor. ¡Ah! Permita el justo Cielo *ap.*
que yo logre en tanto abismo
de dudas desengañarme.

Salen Muzaf y Eugenio en trage Español.

Muz. Señora, aqui está el cautivo.

Bern. ¿Qué advierto? ¡Esposo mio!...
Con un ímpetu de gozo.

Eug. A vuestros
reales pies llega sumiso
un infelíz que::-

Zor. Levanta,
y dime, ¿estando el delito
que te se imputa probado,
cómo á Muzaf has podido
decir que estás inocente?

Eug. Y á vos tambien os lo afirmo:
sí, gran Señora; y supuesto
que os dignais de darme oidos,
sabed que fuí en el Jardin
de Palacio sorprendido
por dos traydores, los quales
me trageron á este sitio
cubiertos los ojos. luego
hicieron de mi vestido
despojarme, y recibí
de su mano el que ha servido
de testigo para hacer
creer á todos, que el impío
crimen que ellos fomentaron

era por mi producido;
siendo evidente que fué
mi lealtad quien sus designios
interceptó, porque habiendo
de ellos noticia tenido,
pude dar con precaucion
á mi amo Hacén aviso.
Estoy por vuestra justicia
á morir en un suplicio
condenado, y quando se iba
á executar el castigo
(que se dilató por causa
de haber Muzaf concedido,
que aquel vestido trocase
por éste con que ahora exîsto;
merced, que yo con instancias
grandes le habia pedido)
mandasteis se suspendiese,
á efecto, segun he visto,
de oír mis descargos: en ellos
solamente he proferido
la verdad. Bien reconozco,
que un caso tan inaudíto
le juzgaréis increible,
y que no hallando testigos
que mi inocencia acrediten,
cumplirse será preciso
vuestro decreto. No siento
mi muerte; pues yá me miro
á padecerla dispuesto;
siento el amargo conflicto
de mi Esposa. ¡Ah gran Señora!
á vuestras plantas rendido
que manifesteis con ella
vuestra piedad os suplíco.

Zor. Alza. Su declaracion *ap.*
con lo que Bernarda dixo
contexta. ¿Cómo he de creer
que puede hallarse delito
en un hombre, que descubre
de la inocencia los brillos
en su carácter? Por ahora
se suspenda tu castigo,
hasta ver si yo este caso
con precaucion averigüo.
Muzaf, toma mi real Sello,
y parte al instante mismo
á poner en libertad
á Hacén; en aqueste sitio
dí que le espero.

Muzaf. Obedezco. *Vase.*

Zor. Yo he de ver si encuentro arbitrio
para indagar este arcano. *ap.*

Bern. Aun no creo lo que miro.
De gozo no estoy en mí.

Zor. Os contemplo sumergidos
en acerbos sentimientos;
pero sin embargo, os pido
mientras que vuelve Muzaf,
me declaréis, pues oírlos
deseo, vuestros sucesos.

Eug. Señora, aunque el referirlos
acordará nuestras penas,
obedecer es preciso
vuestro mandato. Sabed,
que en la gran Ciudad nacimos
de Murcia, de nobles padres,
y medianamente ricos.
Poco mas de un año hace
que por haber fallecido
mi padre, de un mayorazgo
que recayó en mi dominio
fuí á tomar posesion
con mi Bernarda (pues quiso
acompañarme) á Valencia.
En esta Ciudad exîstimos
dos meses, por disfrutar
de los muchos y exquisitos
recreos con que se adorna:
al fin de ellos dispusimos
una tarde el embarcarnos
en una Lancha, ó Barquillo
pequeño. Nos alejamos
gran distancia, con descuido,
y al querernos regresar
se alteró el mar de improviso,
á impulsos de una furiosa
tempestad; con los continuos
choques de las fieras olas
el Barco fué combatido,
de suerte, que sin bastar
destreza alguna á regirlo,
nos fué forzoso entregarnos,
sin resistencia, al arbitrio
de su furia, por la qual
soberviamente impelido,

surcaba el golfo espumoso,
sin direccion, rumbo, ó tino.
Reflexîonad en tan triste
situacion, que combatidos
de amarguras se hallarian
nuestros pechos: el peligro
no nos permitía buscar
para remediarle arbitrios;
y asi esperabamos ser
por instantes sumergidos.
Pero al desplegar la noche
su lóbrego manto, quiso
el Cielo se sosegase
la tormenta. Mas tranquílos
yá nuestros ánimos, bien
que de temor poseídos,
pasamos la noche. Apenas
mostró los primeros brillos
la Aurora, el Patron del Barco
reconoció el sitio, y dixo,
que estabamos muy distantes
de tierra: en fin, tomar hizo
el rumbo para ella; pero
nuestra infelicidad quiso
que nos llegase á avistar
desde lejos un Navio
de Moros Corsarios: ésto
á darnos alcanze vino,
y no hallando resistencia
alguna, á todos nos hizo
prisioneros. En aquel
trance, gran Señora, omito
expresar los sentimientos
acerbos que padecimos.
A esta gran Ciudad de Túnez
fuimos todos conducidos
para vendernos: á mi
me compró Hacén, y en su digno
carácter aun mas que amo,
hallé un verdadero amigo.
Le referí mis sucesos,
y por las señas, él mismo
á mi Esposa conoció,
y me dixo, que en servicio
vuestro exîstía, por haber
el Capitan de el Navio
que nos apresó, hecho don
de su persona á el invicto
poder vuestro. Ultimamente,
atrevimiento tuvimos
de perder al Real Jardin
el respeto: en su recinto
nos vimos algunas noches,
y aquesta la causa ha sido
que nos reduxo al estado
deplorable en que exîstimos.
Este, pues, es de la historia
nuestra un resumen sucinto.
Ahora, Señora, supuesto
que nos habeis prometido
exâminar este caso,
no en executarlo omiso
vuestro zelo esté: ved que es
muy inminente el peligro
que os amenaza; y aunque
juzgueis, que no es lo que he dicho
verosimil, algun dia
la experiencia ha de deciros,
que en nuestra alma resplandecen
de la inocencia los brillos.

Zor. Si eso es cierto, no temais:
mi corazon compasivo
en proteger la inocencia
se emplea con grande ahinco.

Salen Hacén y Muzaf.

Hac. Gran Señora, á vuestros pies::-

Zor. Alza, Hacén, y escucha. *Hablan los dos ap.*

Muz. Amigo
Eugenio, propenso el Cielo
quiere mostrarse contigo.

Eug. Espero ha de proteger
mi causa su patrocinio.

Zor. Bien. Dí, ¿el papel en que diste
de la traycion el aviso *á Eugenio.*
á Hacén, dónde le dexaste?

Eug. Señora, en su lecho mismo.

Zor. Hasta ahora no han discordado *ap.*
en nada. ¡Ah! yá medíto
que están inocentes; pero
satisfacerme es preciso.

Hac. Mi Soberana, conozco,
que los informes malignos
de algun traydor fomentaron
mi prision, y quizá él mismo
habrá sido de la vil
traycion el autor iniqüo.

De vuestra justicia no
me quexo, solo os aviso,
que no es leal quien contra Hacén
conspira.

Zor. Haz que á ese cautivo
se le quiten las prisiones,
Muzaf.

Llama Muzaf á un Soldado, y éste le quita la cadena á Eugenio.

Bern. ¡ Qué alegria concibo *pa.*
en mi corazon !

Hac. No alcanzo *ap.*
qual podrá ser el designio
de la Reyna.

Muz. Yá está libre.

Zor. Pues ahora venid conmigo
los quatro. El grande Alá quiera
darme su favor y auxîlio,
para que halle en tantas dudas
el desengaño á que aspiro. *Vanse.*

ACTO TERCERO.

Salon corto. Salen Fatimán y Aliatar.

Fat. Amigo Aliatar, yá todos
nuestros proyectos se miran
frustrados: que los Cautivos
exîsten libres me avisan
en este instante. ¿ Quién duda
que yá Zorayda instruída
se hallará de todo; pues
logró oirnos la Cautiva
en el Jardin una noche?
¡Ah! Nuestras vidas peligran,
si á la fuga no apelamos.

Aliat. ¿ Qué profieres ? No creería
que tu heróyco corazon
te inspirase tan indigna
baxeza. Fatimán, no
te acobardes: seducida
mucha parte de la Corte,
por nuestra cautela, aspira
á exâltarte al régio Trono,
juzgando que es ignominia
que una muger nos gobierne;
y asi, pues yá nos precisa
apelar á otros arbitrios,
diversos de los que habia
nuestra idéa meditado,
logre el valor este dia
lo que no pudo la industria.

Fat. ¿ Pero qué es lo que maquínas?

Aliat. Hacer que nuestros parciales
se pongan, en esta misma
hora, en arma, y que te aclamen
Rey de Túnez.

Fat. ¿ Y no miras
el peligro ?: :-

Aliat. Sin peligro
pocas veces conseguidas
se vén las grandes empresas;
fuera de que facilita
ocasion para lograr
la nuestra, que no se miran
precavidos de este golpe,
nadie de quantos maquínan
impedir nuestros intentos.
No dudes que se consigan;
y quando no, mas expuestas
que están ahora nuestras vidas
no podrán estár.

Fat. Bien dices.
Parte al instante, y avisa
nuestros partidarios, dá
las providencias debidas
para nuestra empresa; pero
es circunstancia precisa
se obre todo con sigilo.

Aliat. Nada temas, pues la misma
execucion te dirá
mi zelo: :- ¿ Pero quién pisa
esta estancia ?

Sale Muzaf por la izquierda.

Muz. Fatimán?

Fat. ¿ Qué traes ?

Muz. La Reyna me envía
á intimarte, que conmigo
vengas.

Fat. El pecho vacila *ap.*
en mil temores. Escucha.

Habla en secreto con Aliatar.

Muz. A ser dable, pensaría *ap.*
que Fatimán y Aliatar,
pues manifiesta malicia
hablarse con tal recato,
y aun su inquietud lo acredita,

se encuentran culpados.

Fat. Hazlo
así, que yo á toda priesa
partiré á buscarte, luego
que hable á Zorayda.

Aliat. Descuida,
que mi eficácia ha de hacer
que el proyecto se consiga. *Vas. der.*

Fat. Vamos, Muzaf. ¡Quántos sustos *ap.*
á mi corazon contristan! *Vans. izq.*

Salon magnífico. Salen Eugenio y Bernarda por la derecha.

Bern. Aquí nos mandó esperar
la Reyna.

Eug. El Cielo permita
se indague quien es el autor
perverso de esa maligna
conspiracion; no tan solo
porque asi se justifica
nuestra inocencia, sino
tambien porque tan iniqüas
maldades se frustren, y hallen
justo castigo. Se evitan
de aquesta suerte los graves
daños que fomentaría
la enorme traycion, si acaso
llegasen á conseguirla.
Pero la Reyna, y Hacén
á este sitio se aproxîman.

Salen por la derecha Zorayda, Hacén, y un Moro, que trae el vestido de Fatimán, le pone en un Bufete, y parte.

Hac. Gran Señora, no dudeis
lo que mi voz os afirma:
de Fatimán es.

Zor. Sí, es cierto,
lo reconozco, y me admira
quanto voy notando: ¿pero
viendo el trage, no podias
tú haberle reconocido
en aquella ocasion misma
de su prision?

Hac. Exîstió
siempre embozado á mi vista;
y fuera de eso, no os caúse
espanto, que sorprendida,
en un suceso tan raro
y grave, la atencion mia
sus señas no exâminase.

Zor. ¿Y por qué caúsa impedías
que Aliatar le descubriese?

Hac. Permitid, Señora, os diga
que esa informacion, que contra
mí ha supuesto la malicia,
de algun aleve es supuesta.

Zor. El mismo Aliatar lo afirma,
segun dixo Fatimán.

Hac. Que son traydores, medita
mi idéa, los dos. La voz
de Fatimán, parecida
es á la que oí del traydor,
aunque advertí, que fingirla
procuraba, con cautela.

Zor. Hacén lo que dices mira,
que Fatimán: :- Pero aqui
llega.

Salen Fatimán y Muzaf por la derecha.

Fat. No es dable reprima *ap.*
mi sobresalto. Señora,
por órden vuestra, me intíma
Muzaf que á este sitio venga.
Ved sí la obediencia mia
tiene en que serviros.

Zor. Dí,
¿por qué causa á toda priesa
mandaste se executase,
sin preceder órden mia,
de ese infelíz la sentencia?

Fat. El zelo que me influía
contemplar que se miraba
la sangre Real ofendída,
pudo arrebatarme.

Zor. Bien.
Ahora este trage registra.
Se lo muestra, y él se sorprende.

Fat. ¿Qué miro? ¡Ay de mí! *ap.*

Eug. Este es quien *ap.*
me hizo en la prision sombría
cambiar el trage.

Zor. No puedes
negar que es tuyo, distintas
veces te he visto traerle,
y este el mismo es que traía
el traydor, que extinguir quiso
de mi Hijo la amable vida.
Ahora quiero que tú,

sinceramente, me digas
á quien le entregaste.
Fat. ¡Ah Cielos! *ap.*
¿Qué diré?
Zor. ¿Mas qué acredita
esa turbacion? ¿Por qué
has enmudecido?
Fat. A vista
de este caso, no extrañeis
enmudezca. En mi alma habíta
la lealtad...
Zor. Estos indicios
lo contrario verifican.
Fat. ¿Luego presumís, que yo
cómplice he sido en la iniqüa
traycion? Ved que ese vestido
algun criado mio podría
franquearlo... Y aun presumo,
desde luego, quien sería.
Que vaya á traerle al punto
á aqueste sitio, permita
vuestra Magestad, por ver
si este caso se averigua.
Zor. Bien. Vé al instante, y no tardes.
Fat. De un gran peligro me libra *ap.*
mi cautela. *Vase por la derecha.*
Zor. Vé trás de él,
y no le pierdas de vista,
Muzaf.
Muz. Obedezco. *Vase por la derecha.*
Zor. Yá *ap.*
claramente me descifra
de Fatimán el semblante
su culpa. ¡Ah! No me podía
persuadir fuese capaz
de cometer tal perfidia.
Hacén, parte tu á buscar
á Aliatar, y á toda priesa
haz que venga á mi presencia.
Hac. Tengo creído, no debiais
fiar de Fatimán aquel
encargo; pues su malicia,
quizá::-
Zor. No temas, que asi
imagino descubrirla
facilmente. Vé á cumplir
mi mandato.
Hac. No replica
mi obediencia. *Vase por la derecha.*
Eug. Gran Señora,
me es indispensable os diga,
que este mismo Fatimán,
á quien yo no conocía
hasta ahora, es quien, despues
de hacerme con ignominia
desnudar, me dió el vestido
que en mí la culpa acrimina.
A los escasos reflexos
de luz, que se percibían
en la obscura prision, pude
verlo; y os afirmo, oh invicta
Reyna, que es el mismo.
Zor. Todos *ap.*
los indicios, acreditan
son traydores Fatimán,
y Aliatar; pues no podía,
sin ser cómplice éste, haberse
efectuado su maligna
deliberacion. Bernarda,
vén conmigo. A tí, que exîstas *Alç.*
en Palacio ordeno, hasta
tanto que se justifica
la verdad. *Vanse las dos por la izq.*
Eug. A obedeceros
solo mi humildad aspira.
¡Oh buen Dios! Gracias os doy,
pues vuestra inmensa Justicia
se digna proteger nuestra
inocencia. No sentía
morir, que en la situacion
en que hoy nuestras desdichas
nos tienen constituídos
es despreciable la vida.
Mi mayor pena, entre tantas,
era vér, que mi querida
Esposa, participaba
de las amarguras mias,
y que á morir quizá, hubiera
sido tambien conducida.
Sentía hubiesen logrado
encubrir con mi ruina
su delito los traydores,
los quales inventarían
nuevos proyectos, á efecto
de lograr sus tiranías.
Y en fin, sentía, si por rara

casualidad, algun dia
llegaba de tan infausta
desventura la noticia
á mi pátria, el deshonor
de toda nuestra familia.
¡Oh querida pátria, quando
á gozar de tus delicias
volveremos! Quiera el Cielo
otorgarnos está dicha.
Pero, si su gusto es que
suframos de la perfidia
persecuciones, á todo
mi voluntad se resigna,
y hasta perder en su obsequio
gloriosamente la vida,
sabré tolerar gustoso
las mas graves ignominias. *Vase.*

Salon corto. Salen Orosmina y Muley izq.

Mul. Llevame al instante donde
está mi madre, Orosmina.

Oros. Advierte, Muley, que ignoro
donde se encuentra, y me intíma
la espere contigo en este aposento.

Mul. ¿No sabías
á donde Bernarda fué?

Oros. Presumo :: ¿ Mas no es la misma
que aqui llega con la Reyna
mi Señora?

Salen Zorayda y Bernarda por la derecha.

Mul. ¡Qué alegria!
¿Bernarda, dónde estuviste
tanto tiempo, dí?

Zor. En precisas
urgencias ha estado, hijo.

Bern. ¡Ay Muley! Si compasiva
hoy la Reyna mi Señora
no hubiese la causa mia
protegido, era imposible
me vieses ahora con vida.

Mul. ¿Y por qué causa?

Sale Hacén por la derecha.

Hac. Señora,
creo se haya puesto en huida
Aliatar, pues no parece,
ni aun he hallado quien noticias
me haya dado de él.

Zor. Es fuerza
se disponga á toda prisa
indagar su paradero.
¿Qué mas claro la perfidia *ap.*
de ambos se ha de descubrir?
¡Ah, cómo no comprehendía
sus máximas! Ahora advierto,
que todas se dirigían
á fomentar de el Cautivo,
y de Hacén la total ruina,
para lograr sin estorbo
sus intenciones impías.
Haz que al punto se repartan
por toda la Corte espías
á ver si descubren donde
se oculta.

Hac. Advierto sería
conveniente, que esperemos
venga Muzaf, que á la mira
de Fatimán estará,
y es creible que éste iría
en busca de Aliatar.

Zor. Bien
has discurrido. ¡Oh! permita
el justo Alá, que en los graves
pesares que me fatigan
halle consuelo.

Hac. No así vuestro corazon se rinda
al sentimiento.

Zor. No sé lo que mi alma pronostíca,
que se encuentra (¡ah Cielos!) en
amarguras sumergida.
Quiero baxar al Jardin,
para ver si se disipan,
en parte, mis confusiones
con su apacible delicia.
Venid conmigo vosotras:
tú, Hacén, á Muzaf le avisa,
luego que venga á Palacio,
donde estoy, y si averiguas
alguna novedad, no
me retardes su noticia.

Váse con las Damas, y el Niño por la izq.

Hac. En cumplir vuestros preceptos
mi complacencia se cifra. *Vas. der.*

Vista de Ciudad. Selva poblada de Arboles, el foro será la Muralla de la Ciudad con puerta. Aliatar con gran séquito de Moros ocuparán la Escena. Sale Fatimán presuroso por la puerta, y despues por l. misma se dexa ver con mucho recato Muzaf.

Fat. ¡Oh amigos fieles!

Aliat. ¿Qué es esto,
Fatimán? ¿Quién origina

tu vehemente sobresalto?

Fat. ¡Ay Aliatar! Grande dicha
fué, que pudiese salir
libre de Palacio: instruída
de todo se halla Zorayda.

Aliat. Mas no estará precavida
de aqueste terrible golpe,
que fomentan nuestras iras.
Procura tranquilizarte,
pues todos los que aqui miras,
y otros diversos, desean
con obediencia sumisa
executar tus mandatos,
é impacientes solicítan
al punto constituirte
en la soberana Silla
de aqueste Reyno: ea, amigos,
no sufra nuestra osadía,
habiendo varon de estirpe
real, que una muger nos rija.
En Fatimán hallaréis
las circunstancias precisas
para elegirle por nuestro
Rey; y así, con voz festiva
es justo le aplaudais todos.

Todos. Fatimán, nuestro Rey, viva.

Fat. Mi gratitud os promete
la recompensa debida
á vuestra lealtad, haciendo
mercedes muy excesivas á todos.

Aliat. Ahora conviene,
para que bien se dirija
nuestra empresa, meditarla.
Mientras que mi zelo avisa
los demás parciales, todos
á esa arboleda vecina
os retirad, pues prevéo,
que de esta suerte se evita,
que hasta la execucion, nadie
de nuestra intencion noticias
tenga, y nos franquee el descuido
ocasion de conseguirla.

Fat. No te detengas, amigo,
que yá impaciente mi activa
saña, á vengar las ofensas
de mis contrarios me excita.
Nuestra entrada quiero sea
por aquesta puerta misma.

Muz. Pues yá me hallo cerciorado
de todo, voy con gran prisa
á dar aviso á la Reyna. *Vas.*

Fat. En la detencion peligra
el logro de nuestra empresa,
y asi, no se muestre omisa
tu eficácia en este caso.

Aliat. Retirate, pues, y fia
en mí lo demás.

Fat. Seguidme. *Vase con los Moros.*

Aliat. Yá, en fin, ha llegado el dia
en que dar satisfaccion
pueda á las ofensas mias,
y las de mi padre; ellas
excitaron mi osadía
á que con tan grande empeño
hoy la parcialidad siga
de Fatimán... Un proyecto
en este instante me inspira
la idéa... Dificil es...
Pero nada me intimída,
pues en las empresas arduas
es á donde se acredita
la astucia y el valor. ¡Ah!
El gran Mahoma permita,
que todas mis intenciones
logren el fin á que aspiran. *Vase.*

Salon corto con dos puertas. Sale Hacén por la izquierda.

Hac. Mucho tarda Muzaf: yá
en mil sospechas vacíla
mi imaginacion. ¿Si acaso,
advirtiendo le seguía,
Fatimán le daría muerte?
Todo puede en su perfidia
ser creible. ¿Si acaso? ::- Pero
yá le miro: ¡oh que alegria!

Sale Muzaf apresurado por la derecha.

Muz. Hacén, ¿dónde está la Reyna?

Hac. En el Jardin: ven á prisa,
porque la informes de quanto
hayas observado.

Muz. A vista
de tan gran maldad, absorto quedé.

Sale Bernarda con Muley por la izquierda.

Bern. La Reyna me envía
á llamaros, Hacén... ¿Pero,
Muzaf, por qué os deteniais
aqui, sabiendo os espera
á vos tambien?

Muz. Yá á entrar iba
con Hacén, pues llegué en este

mismo instante.

Bern. Sumergida
en confusiones, notando
vuestra tardanza se veía.
Venid. Muléy, pronto vuelvo,
espera ahí. *Vanse los tres por la izq.*

Mul. Bernarda mia,
no tardes. Vaya, que estas
pinturas están bonitas.

Estará mirando los Bastidores de la izq. y sale Aliatar por la derecha.

Aliat. En alas de mi deseo
he venido::- ¿Mas qué miran
mis ojos?

Eugenio á la puerta de la derecha.

Eug. Siguiendo vengo
á este, que segun me afirman
las señas es Aliatar.

Aliat. ¿A qué espero, pues mi dicha
me presenta ahora este
acaso, tan á medida
del deseo? *Saca un puñal.*

Eug. ¡Cielos, qué miro!

Aliat. Muera á impulsos de mis iras.

Vá á herir á Muley, sale Eugenio precipitadamente, diciendo el medio verso que sigue; luego que le oye Aliatar guarda el puñal con recato.

Eug. Tente, traydor?

Aliat. ¿Quién?::- ¿Mas no es *ap.*
este el Cautivo.

Eug. Alma impía,
¿qué delito esa inocencia
cometió? ¿Por qué maquínas
darle muerte? ¿Tu exêcrable
crimen, dí, no te horroriza?

Mul. ¿Por qué dan voces?

Aliat. Advierte,
que mi conducta denigras
sin causa. A otro nuevo arbitrio *ap.*
apele la industria mia.

Bernarda á la puerta de la izquierda.

Bern. ¡Qué veo! ¿Aliatar con mi Esposo?
Alguna grave desdicha
rezelo. Le daré aviso
á la Reyna. *Vase.*

Durante esta Escena permanece el Niño divertido, ó paseandose.

Aliat. Aunque á tu vista
se presentan mis intentos
tan injustos, si exâminas
la causa que los fomenta,
los juzgarás de distinta
suerte.

Eug. ¿Pero qué disculpa
podrá encontrar tu perfidia?

Aliat. No és posible satisfaga
tus dudas ahora, pues me instan
negocios mas graves. Dime,
Christiano, ¿celebrarías
ir á vér tu amada pátria
de tu Esposa en compañía?

Eug. Extraño en tí esa pregunta.

Aliat. Responde. *Eug.* Felíz sería,
por cierto, si conseguirlo pudiese.

Aliat. El que lo consigas
solo depende de tí.

Eug. ¿Cómo? *Mul.* Dixo que venia
muy pronto Bernarda, pero
aun no viene todavia.

Aliat. Solo con que favorezcas
mi designio, esta debida
recompensa te prometo.

Zorayda y Hacén á la puerta de la izq.

Zor. Por si algo se averigüa,
oigamos desde aquí, Hacén.

Aliat. Mis intenciones meditan
exâltar al régio Trono
á Fatimán, y la vida
de ese Niño és solamente
obstáculo, que su dicha
impide: si tu prometes
guardar secreto, á extinguirla
voy: Fatimán te dará
la libertad, que ofrecida
te tengo yo, y premiará
con riquezas exquisitas
tu lealtad: partirás
á España con alegría
de tu Esposa al lado, donde
podrás lograr::-

Eug. No prosigas,
que solamente de oír
tus expresiones iniqüas
me avergüenzo, y si tu infamia
mi esfuerzo aqui no castiga,
es por hallarme indefenso:
pero advierte, que si instas
en tan depravado intento,
corre peligro tu vida.

A una voz mia vendrán
á darte con osadía
muerte quantos en Palacio
se hallen : huye de mi vista
al punto, no te detengas;
pues aunque no merecía
tu culpa, que mi piedad
libre de aquí te permíta
salir, mi nobleza es quien
á executarlo me obliga.
Aliat. ¿Es posible, temerario,
que mis ofertas benignas
tan neciamente desprecies?
Contempla, que aun no se mira
vindicada tu inocencia,
y que hasta ahora peligra
tu vida : quizá al suplicio
serás con grande ignominia
conducido.
Eug. Mas aprecio
que logre vuestra malicia
sus fines, obscureciendo
la inocencia que en mi brilla
con vuestro mismo delito,
y haciendo que sea mi vida
víctima infeliz de vuestras
maldades, que redimirla
por tan viles medios : pero
la Reyna escuchó benigna
yá mis descargos, y aun creo
que todas vuestras impías
tramas las ha descubierto.
Aliat. No presumas que intimídan
mi valor esas que tú
juzgas fatales noticias.
Fatimán tiene poder
para oponerse este dia
contra Zorayda : mui pronto,
con aclamacion festiva,
Rey de Túnez será ; entonces,
si á las persuasiones mias
accedes, satisfará
los pesares, que en la impía
persecucion padeciste
por él : si no, vengativa
su saña, castigará
tu temeraria osadía.
Eug. Aliatar, no malgastemos
el tiempo, pues tu porfia
es vana : mi corazon
las maldades abomina,
y á trueco de no acceder
á las tuyas, sufriría
los mas atroces tormentos,
y aun tambien la muerte misma
con gusto. *Aliat.* ¿En fin, no desistes
de tu intento? *Eug.* No.
Aliat. Pues mira ::
Mul. Yá me canso de esperarla.
Eug. ¿Qué he de mirar?
Aliat. Que mi activa
rabia te dará la muerte.
Saca el Sable para herir á Eugenio, al mismo tiempo sale Hacén con el suyo en la mano, interponiendose entre los dos; riñen, y despues sale Zorayda.
Hac. Antes la tuya mis iras lograrán.
Mul. ¡Madre!
Salen Bernarda y Muzaf, éste saca el Sable, y se pone al lado de Hacén.
Zor. Prendedle. *Aliat.* Perdido soy. *ap.*
Muz. ¿Qué imaginas resistirte?
Aliat. Sí. Apelar *ap.*
á la fuga me precisa.
Huye precipitadamente por la derecha.
Hac. Espera, traydor. *Vase por la der.*
Muz. En vano
escaparte solicítas. *Vase por la der.*
Zor. ¡Ah Cielos, quantos pesares
á mi corazon contristan!
Yá, Christianos, me he podido
desengañar : sé que habíta
en vosotros la inocencia.
Eug. A Dios le rindo infinitas
gracias, porque su bondad
se ha dignado descubrirla.
Zor. Parte á ver si prenden á ese
infame, y á toda prisa
el aviso trae.
Eug. A serviros, *Vase por la derecha.*
vá mi obediencia sumisa.
Mul. ¡Madre mia, qué temor
quando riñeron tenia!
Zor. Bernarda, vete á su quarto
con Muley.
Bern. Ven. *Vase con Muley por la izq.*
Zor. ¡Qué dia tan acerbo para mi
ha sido éste! A tan continuas
aflicciones, yá mi esfuerzo
casi postrado se mira.

¡Esto es reynar! ¡Ah! gustosa
desde luego cedería,
si acaso fuese posible,
la Corona; mas no es mia,
sino de Muley mi hijo.
¡Que venturosa sería
si lográra abandonar
las inquietudes que habitan
en medio de la opulencia
en que estoy constituída,
reduciendome á un estado
humilde! En él poseería
mi alma dichosamente,
una paz dulce y tranquíla,
sin que á turbarla bastasen
los ímpetus que fulmina
la sobervia, ni los tiros
venenosos de la envidia.
¡Oh! si bien reconociesen
los que ambiciosos aspiran
al Trono, quantos desvelos,
quantas penas y fatigas
cuesta el poseerle, creo
que no lo pretenderían.
¿Si la prision de Aliatar
se lograría? Voy yo misma: :-
Mas yá viene Hacén.

Salen Hacén y Eugenio por la derecha.

Hac. Señora,
aunque con notable priesa
procuramos dar alcance
á aquel traydor, parecía
que el viento su ligereza
le prestaba. Precavida
la Guardia, en aquel instante,
no se hallaba; en fin, su huida
interceptar no pudimos,
previniendo que sería
exponernos el seguirle;
y fuera de eso, nos insta
el dar prontas providencias
para mirar reprimida
y castigada la audácia
de los viles, que conspiran
contra vos. Mandé á Muzaf
juntase, con la precisa
presteza, toda la Tropa
que se encuentre mas vecina
de Palacio; y he pensado,
si vuestro poder confirma
mi parecer, que á la entrada
de la Ciudad: :- *Zor.* No me digas
mas: quanto ordenáres, todo
lo confirmo. Vé, que estriva
tal vez, en la prontitud
que el proyecto se consiga:
parte al instante. *Eug.* Señora,
rendidamente os suplíca
mi lealtad, que acompañar
á mi amo me permita
vuestra bondad en la empresa.

Zor. ¡Qué virtud! *ap.*

Eug. No esteis remisa
en concederme esta gracia.
¿Qué decís? *Zor.* Que me precisa
aceptar tu oferta, en esta
ocasion, y agradecida
recompensar tu virtud
prometo, si aqueste dia
favorece mis intentos el Cielo.

Eug. Sí, en su justicia
confiad, pues nunca ampara
las maldades. *Hac.* Vén á priesa,
Eugenio, te daré armas.

Eug. Vamos; y el Cielo la dicha
nos conceda de impedir
sus intenciones malignas.

Vanse los dos por la derecha.

Zor. Dadme, Soberano Alá,
alivio en tantas desdichas. *Vas. izq.*

La Decoracion de Selva con Muralla, &c.

Sale Aliatar por la puerta.

Aliat ¡Que se muestre la fortuna
conmigo tan impropicia!
Quando yo tan oportuna
ocasion logrado había;
el vil Christiano estorbó
la execucion; pero mi ira
pronto espera castigar
su pertinácia atrevida.

Sale Fatimán por la derecha.

Fat. Yá culpaba tu tardanza,
Aliatar... ¿Pero qué indica
tu semblante demudado?
¿Cómo, dí, en tu compañía
los demás parciales nuestros
no vienen?

Aliat. Porque hoy conspiran

contra nosotros los Cielos.
Fat. ¿Pues qué acaece?
Aliat. Que la impía
desgracia: :- Pero supuesto
que se frustró mi inventiva,
no es del caso que la sepas.
¿La gente está prevenida?
Fat. Solamente espera la órden.
Aliat. Pues antes que se dirija
á la empresa el valor, yá
que este acaso facilita
hablarte á solas, que ahora
de tí una palabra exîja,
en premio de los servicios
que mi lealtad te dedica,
es fuerza. *Fat.* Sabiendo que eres
de las facultades mias
árbitro, extraño en tí esa
expresion; lo que tú digas
se executará. *Aliat.* No es
tan fácil, como meditas,
mi pretension. Yá te consta
que Zorayda vengativa,
por tan leve causa, como
haber quitado la vida
mi padre á un Esclavo, le hizo
arrestar con ignominia,
en una prision por largo
espacio, á donde la misma
afrenta le apresuró
el término de sus dias.
Estas memorias funestas
han permanecido fixas
en mi alma: á vengarme anhelo
de crueldad tan inaudíta;
y asi, luego que á poseer
llegues el Trono, esa impía
muger y su hijo, te pido
que mueran. *Fat.* ¿Y presumías
que yo á tu pretension no
accediese, quando estriva
mi seguridad en ella?
Zorayda, y quantos conspiran
hoy contra nosotros, mueran.
Aliat. Sí, mueran, aunque lo impidan
los mas graves embarazos.
Fat. ¿Despues la gratitud mia,
con qué, dí, recompensar
podrá tus lealtades finas?
Aliat. Con mirarte satisfecho
de ellas, recompensa digna
tendré... Pero no perdamos
tiempo, quando yá se mira
tan proxîmo el trance, en que
nuestros fines se consigan.
Fat. Piensas bien: vé á prevenir
la Tropa. *Aliat.* ¡Con qué alegría
me dirijo á obedecerte! *Vase derec.*
Fat. Hoy tendrán fin las fatigas
de mi pecho, pues consigue
la gloria que apetecía.
Hoy tambien mis enemigos
darán, con su fatal ruina,
á mi sangrienta venganza
la satisfaccion cumplida.
Salen Aliatar, y Moros por la derecha.
Aliat. Amigos, quantos se opongan
mueran; y ahora repita
la aclamacion, que el Monarca
Invicto de Túnez viva.
Todos. El Invicto Fatimán,
Monarca de Túnez, viva.
Con esta repeticion ván á entrar por la puerta, á tiempo que salen Hacén, Eugenio, Muzaf, Ibrahin, y un gran séquito: sigue una viva batalla.
Hac. Mueran los rebeldes.
Eug. A ellos. *Batalla.*
Fat. No desmayen nuestras iras:
mueran. *Aliat.* Viva Fatimán.
Muz. Viva nuestra Reyna Invicta.
Entránse retirando por la derecha Fatimán y los suyos, quedando en la Escena Hacén, que detiene á Ibrahin.
Hac. Seguidlos. Parte al instante,
Ibrahin, á dar noticia
á la Reyna, de que yá
los traydores en huída
se han puesto, pues estará
en temores sumergida
hasta saber el suceso.
Ibrah. Yá os obedezco. *Vase por la puerta.*
Hac. Mis iras acudan ahora: :-
Dentro Fat. ¡Ay de mí!
Hac. ¿Cielos, el que alli se mira *Mirando á la der.*
herido es Fatimán. Sí.
Yá se levanta, y camina
hácia este sitio. No obstante

sus trayciones, me lastíma
el mirarle en tal estado.

Sale Fatimán herido, apoyandose en el Sable, por la derecha.

Fat. ¡Oh, grande Alá! Tu justicia
mis exêcrables delitos
hoy justamente castiga.

Vá á caer, y le recibe Hacén en los brazos.

¡Ay de mí!... ¿Quién compasivo::-
¿Mas qué veo? ¡Hacén!... Me admira
vér: : **Hac.** No te admires de nada,
que el ser mi ribal, no quita
que yo en este caso obre,
segun la humanidad dicta.

Le sienta, y le exámina.

Fat. ¡Oh alma llena de virtud!
¡Quánto el vér me ruboriza
en tí tan diverso modo
de obrar del mio!

Hac. Esta herida es de peligro?

Fat ¡Ay Hacén!
En vano yá solicita
tu piedad mi alivio: yo
muero... Los Cielos castigan
mis delitos. ¡Ah! yo mismo,
yo mismo labré mi ruina...
La ambicion me engañó... Tarde
conozco el yerro... ¡Oh altivas
idéas!... Yá vuestro orgullo
un fiero golpe derriba.
Yá no hay remedio... El aliento
último exhala mi vida...
Yo espíro... ¡Ah Cielo impropicio!

Muere, quedando junto al bastidor de der.

Hac. Yá no alienta. Su desdicha
compadezco. ¿Mas qué miro?

Salen por la der. Eugenio, Muzaf, y Soldados, que traen preso á Aliat. y algunos de los suyos

¡Amigos! ... ¡Oh qué alegría!

Eug. Solo para completarla
faltó: :-

Dentro. Nuestra Reyna viva.

Otros. Viva Muley, heredero de Túnez.

Hac. ¿Mas qué festiva
aclamacion es aquesta?

Salen, precedidas de la Guardia correspondiente, Zorayda, con Muley de la mano, Bernarda, Orosmina, y Damas.

Eug. ¡Cielos, la Reyna!

Hac. Permita
vuestra bondad, que á sus plantas::-

Se arrodillan los tres.

Zor. Alzad. En fin, ¿yá abatida
la audácia de los traydores
por vuestro zelo se mira?

Eug. Sí, Señora: yá Aliatar
está preso, en compañía
de sus viles partidarios,
y los demás con las vidas
han dexado satisfecha
vuestra inflexîble justicia;
solo de Fatimán no hemos
podido encontrar noticias...

Hac. Espera: aquí su cadáver exîste.

Aliat. ¡Ah desgracia impía!

Hac. En el encuentro le hirieron,
y á aqueste sitio, en su misma
sangre envuelto vino, donde
espiró á presencia mia.

Zor. Retiradle. Aunque es traydor

Lo retiran.

el vér su desgracia, excita
mi terneza. Muzaf, parte
con la custodia precisa,
á conducir á Aliatar,
y á esos otros, de su iniqüa
traycion cómplices, á una
estrecha prision: las vidas
de todos sean mañana
exemplo de mi justicia,
en un suplicio.

Muz. Venid.

Aliat. Mi rabia no sentiría
morir si hubiera logrado
mis idéas vengativas.

Vanse con Muzaf, y algunos Soldados.

Zor. Vasallos, bien reconozco
que estos daños se originan
de la novedad, que causa
en toda esta Monarquía
mirar (pues hasta ahora nunca
se ha visto) que la domína
una muger; mas tambien
os consta, que obedecida
fué la voluntad del Rey
difunto, así: entre distintas,
que por Esposo lograban
tenerle, fuí yo elegida
por él mismo, quando estaba

al término de su vida
proxîmo, en virtud de ser
mi hijo, á quien tocó la dicha
de heredar el Cetro, para
regirlo, ínterin se veía
en la suficiente edad
de proclamarlo. Aplaudida
de todos fué su eleccion
entónces, mas se averigua
hoy, que hay muchos descontentos
y asi, supuesto que estriva
la quietud de todo el Reyno
solo en que yo no le rijas
elegid desde ahora un
Gobernador, hasta el dia
que, para exâltar al Trono
á mi hijo, lo permita la edad.
Hac. Mi Soberana,
no de la lealtad sencilla
de nuestros pechos, formeis
desconfianza; y pues sería
fomentar mas graves daños,
si acaso vuestra imprevista
resolucion se efectuase,
desistid de ella: rendida
mi humildad, en nombre de
todo el Reyno, os lo suplica.
Advertid, que los rebeldes
yá castigados se miran;
y muerto Fatimán, que era
el autor de aquesta iniqüa
conspiracion.
Zor. Bien: despues
con la reflexîon debida
se tratará eso. Haz que al punto
quantos empléos obtenian
los rebeldes, se les dén
á los que en aqueste dia
su esfuerzo y lealtad mostraron
contra ellos. A tí mi fina
gratitud todos los puestos
y honores, que poseía
Fatimán, te dá. *Hac.* Señora,
á vuestras plantas invictas::.
Zor. Alza. A vosotros, Christianos,
confieso os debe la vida
mi hijo, yo el descubrir
la conspiracion maligna;
y á tu esfuerzo, Eugenio, parte
de la victoria adquirida:
á estas deudas, es forzoso
que me muestre agradecida;
y asi, quiero que partais
libres á vuestra querida
pátria, y mi grata piedad
os dará muy exquisitas
joyas, por satisfacer
de algun modo, las desdichas
que habeis padecido.
Eug. No halla, Señora, la humildad mia
expresiones con que daros
gracias por tan excesivas mercedes.
Se arrodillan los dos.
Bern. ¡Ah, gran Señora!
con el gozo sorprendida::-
Zor. Alzad: vuestra virtud es
de mayores prémios digna.
Eug. Señor, vos: :-
Hac. Engénio, llega
á mis brazos: vuestras dichas
cree que han llenado á mi alma
de la mayor alegría.
Bern. ¡Ay Eugenio!... (minas
Eug. Esposa, yá nuestras desgracias te-
Y pues queda demostrado
que la maldad se castiga,
aun entre Infieles, aqueste
caso de estímulo sirva,
para seguir todos de
la virtud la senda fixa.
Todos. Y ahora nuestros defectos
tener Indulto consigan.

CON LICENCIA:

Salamanca, en la Imprenta de la calle del Prior.
Año de 1792.